



MISIONES DIOCESANAS VASCAS
ELIZBARRUTIETAKO MISIOAK

11 de Octubre de 2008 · 2008ko Urriak 11an

Seminario Diocesano de Vitoria · Gasteizko Elizbarrutiko Seminarioan

DOCUMENTOS DEL ENCUENTRO
CONMEMORATIVO DE LOS 60 AÑOS DE
MISIONES DIOCESANAS VASCAS



ENCUENTRO MISIONERO

MISIO TOPAKETA

60 años de las Misiones Diocesanas Vascas

Euskal Elizbarrutietako Misioen 60. urteurrena



INDICE

1.- Saludo del Obispo de Vitoria, D. Miguel Asurmendi a los participantes del encuentro

Página 3

2.- Ponencia del Obispo emérito de San Sebastián, D. José María Setién: 60 años de Misiones Diocesanas, al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia.

Página 8

3.- Celebración de la Eucaristía (Homilía del Obispo de San Sebastián, D. Juan María Uriarte)

Página 26

4.- Carta de agradecimiento de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana a los Obispos de la Iglesia del País Vasco.

Página 39

5.- Documento: Misiones Diocesanas Vascas en Ecuador – Plan 2008

Página 41

6.- *Bertsos* del Coordinador del GMV en Ecuador

Página 44

SALUDO DEL OBISPO DE VITORIA A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO MISIONERO DE 60 AÑOS DE MISIONES DIOCESANAS

Vitoria - Seminario 11 Octubre 2008

Sed bienvenidos, hermanos Obispos, Sacerdotes, Religiosas, miembros de Institutos Seculares, laicos y laicas, a este Encuentro Misionero, con ocasión de la celebración de 60 años del inicio de Misiones Diocesanas. Un saludo de bienvenida a D. Anastasio Gil, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y de Obras Misionales Pontificias; al grupo venido de las Misiones en Navarra y a los Seminaristas de San Sebastián y Vitoria. Nos hemos reunido para dar gracias a Dios por sus bendiciones en el Proyecto misionero de nuestras Iglesias diocesanas y para enriquecer la Memoria de las Misiones Diocesanas en estos 60 años.

El Espíritu del Señor, que estuvo sobre Jesús de Nazaret, lo ungió y lo envió a anunciar el evangelio a los pobres (Cfr. Lc. 4,18), se dejó sentir en nuestras Iglesias con toda su potencia, como un viento recio en un renovado Pentecostés (Cfr. Hechos Ap., 2,2). El ideal misionero nació en el Seminario Diocesano de Vitoria, se difundió por parroquias, comunidades y asociaciones de la Diócesis -pronto de las tres Diócesis de Bilbao, San Sebastián y Vitoria- y llevó a los misioneros y misioneras, en primer lugar, hasta el territorio de Los Ríos, en Ecuador, y en un despliegue admirable, se extendió a Venezuela, a Angola, Rwanda, Chile, República Democrática del Congo y Brasil.

Elizbarrutietako Misioek, bere bide luze-zabalean, ekarpen oparoak egin dituzte. Batetik, misiolarien kopurua nabarmena izan da: apaiz, erlijiosa eta laico misiolariak, 800 gizaseme eta emakume inguru. Bestetik, egindako lanak ere ez dirá nolana-

koak izan: tenploak, ikastetxeak, abadetxeak, botika-etxeak, osasun-zentroak eta abar. Misiolari askok misioei eskaini dizkiete euren dohainik onenak. Batzuk misio-lurretan hil ziren, misio-lanetan.

La chispa que encendió el volcán fue la conferencia que, en Octubre de 1919, dio a los seminaristas el profesor de Historia de la Iglesia del Seminario de Vitoria, D. Ángel Sagarmínaga, en el inicio del nuevo año académico. El título dado a la conferencia fue "Las Misiones Católicas".

El reconocido tesón y amor a la causa misionera del que llegaría a ser Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias, D. Ángel Sagarmínaga, recibió un fuerte espaldarazo con la publicación, un mes después de la conferencia en el Seminario de Vitoria, el día 30 de Noviembre de 1919, de la Carta apostólica "Maximum illud" sobre la Propagación de la fe católica en el mundo entero, del Papa Benedicto XV. El documento papal traza las directrices teológicas, pastorales y espirituales que serán la pauta de la evangelización posterior.

A lo largo de 29 años, de 1919 a 1948, el Seminario de Vitoria fue un hervidero misionero: grupos de reflexión, campañas misioneras por todas las parroquias, Asambleas diocesanas, formación de futuros misioneros y misioneras...

Las no pocas dificultades que generó el proyecto de hacer de Vitoria una Diócesis misionera se disolvieron por la intervención personal del Papa Pío XII en la audiencia concedida al Obispo de Vitoria, D. Carmelo Ballester, el día 30 de Octubre de 1947, con ocasión de la "Visita ad limina". Fue el Santo Padre Pío XII quien asignó a la diócesis de Vitoria la provincia de Los Ríos, en Ecuador, que formaba parte de la Diócesis de Guayaquil y cuya desmembración, para ser erigida en el momento oportuno

en Vicariato Apostólico, había sido decidida por la Santa Sede a petición del Sr. Obispo de Guayaquil, D. José Félix Heredia.

El día 12 de Octubre de 1948 es el día de un largo sueño realizado: parten los dos primeros misioneros hacia la misión de Los Ríos, D. Luís Alberdi -que nos acaba de dejar al marchar a la Casa del Padre- y D. Francisco Arraibi. Éste, junto con Monseñor Victor Garaigordóbil, son los dos testigos vivos de aquella gesta, escrita inicialmente por ocho sacerdotes, al frente de los cuales, como superior religioso, fue designado D. Máximo Guisasola.

Las expediciones de misioneros se fueron sucediendo regularmente: en 1949 partió hacia Los Ríos una segunda expedición de sacerdotes y la primera del Instituto de Misioneras Seculares; en 1950, la primera expedición de seglares o laicos. Años más adelante se unen las Mercedarias Misioneras de Bériz y las Aliadas en Jesús por María. Así se concebía el ideal de Diócesis misionera.

La misión tenía como objetivo fundar y organizar la Iglesia allí donde aún no está establecida. Don Ángel Salvatierra, misionero en Ecuador, describe así el trabajo misionero en los primeros años en el Vicariato Apostólico de Los Ríos: "Se construyeron iglesias, casas curales y escuelas católicas... La vida de este conglomerado eclesial era fundamentalmente organizar los catecismos en todas las parroquias y en casi todos los recintos del campo; preparar bien para la Primera Comunión al mayor número posible de niños; fomentar, valiéndose de fiestas, novenarios, triduos, misiones populares, etc., el espíritu cristiano de las masas; conseguir una asistencia mayor a los actos de culto; organizar congregaciones o asociaciones piadosas para grupos más selectos..." (Cfr. 25 años de nuestras Misiones Diocesanas).

El Concilio Vaticano II, celebrado los otoños de 1962 a 1965, supuso un cambio notable en la concepción de la misión

eclesial. El decreto conciliar "ad gentes" asume el principio de la Constitución "Lumen Gentium" de Iglesia Sacramento" y lo completa, al hablar de las misiones, diciendo que "La Iglesia es sacramento universal de salvación" (A.G., 1)

D. Ángel Salvatierra describe el cambio así: "Hoy hacer Iglesia, procurar la salvación, es promover el desarrollo integral del hombre y del mismo orden temporal. No se pueden desvincular evangelización y promoción humana, aunque no se identifiquen sin más. El planteamiento básico de los documentos de Medellín de que el gran pecado de Latinoamérica es la marginación; de que existe una situación institucionalizada de pecado y de que la Iglesia tiene mucho que ver con esta situación, ha sacudido muchas conciencias y nos está llevando a una revisión fundamental de la acción misionera. La salvación se concibe como una liberación del hombre oprimido por situaciones injustas y estructuras alienantes..." (Cfr. 25 años de nuestras M.D.)

- -----

A los 25 años de la gesta misionera, tuvo lugar una Semana de Reflexión sobre las Misiones Diocesanas en el Seminario diocesano de Derio, del día 5 al 9 de Noviembre de 1973. Tuvo dos partes, una doctrinal y otra de organización de las Misiones Diocesanas, precedidas de una introducción de contenido histórico.

La publicación que recoge los trabajos de aquella Semana de Reflexión fue prologada por D. José María Setién, Obispo auxiliar de San Sebastián en 1974. Hace referencia al cambio vivido en las Diócesis del País Vasco y su influencia en nuestras Misiones. Constata que el número de misioneros es de signo decreciente, en parte por la disminución de ordenaciones sacerdotales. Pero añade: "Ha estado en juego no solamente el más o menos de las prestaciones personales, sino el objetivo, el sentido y el modo del mismo servicio a las misiones". Concluye Monseñor Setién

con una referencia a la grave enfermedad de D. José Zunzunegui, al que califica de "agente fundamental de las Misiones Diocesanas de nuestras diócesis".

Gure Elizbarrutietako misio-proiektuan itzal haundiko pertsonak hartu dute parte, bai Ekuadorren, bai Euskal Herrian bertan. Aipamen berezia merezi du don José Zunzunegui apaiz gogoangarriak. Danok gatoz bat esatean don José izan zela gure Elizbarrutietako Misioen bultzagilerik haundiena, Gasteizko Seminarioan Elizaren Historia irakasten zuen bitartean.

Contamos con abundantes materiales para comprender los 29 años de preparación y los 25 años del primer período de Misiones Diocesanas. Entre ellos, los trabajos de D. Luís Alberdi y la obra de Manuel de Unciti y Ayerdi, "Los comienzos de la Gran Aventura. 50 años de Misiones Diocesanas Vascas" aparecida en las celebraciones de las Bodas de Oro de nuestras Misiones. Pero falta desentrañar lo sucedido en el periodo de los 25 a los 50 años de Misiones Diocesanas y también en estos diez últimos años.

D. José María Setién, ahora Obispo emérito de San Sebastián, nos va a aportar un conjunto de claves para la comprensión de este segundo período. Es innecesario hablar de sus conocimientos y de su competencia. Agradezco encarecidamente haya acogido nuestra propuesta de estar hoy aquí con nosotros.

Concluyo dando lectura al escrito de la cúpula de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana remitido para este Encuentro de 60 años de Misiones Diocesanas Vascas.

+ MIGUEL ASURMENDI
Delegado para M.D.V.

AL SERVICIO DE LA MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

A los 60 años del inicio de Misiones Diocesanas
(Vitoria, 11 de Octubre de 2008)

José M^a SETIÉN

0. Introducción

El Sr. Obispo de Vitoria, como Obispo encargado de las Misiones Diocesanas vascas, me ha pedido que me haga cargo de esta aportación, en la celebración de los 60 años del primer envío de misioneros a las Misiones de Los Ríos, en Ecuador, pertenecientes todos ellos a la entonces única Diócesis de Vitoria que incluía a las dos Diócesis actuales de Bilbao y de San Sebastián y también naturalmente a la matriz de Vitoria.

Tengo que reconocer que me costó aceptar la invitación-petición que entonces se me hacía. No por falta de amor e interés por la obra de las Misiones Diocesanas vascas. Amor e interés que se pusieron de manifiesto en mis reiteradas visitas, siendo Obispo en activo, a Los Ríos, El Oro, Venezuela, Angola y también, como no, a las de Rwanda, en situaciones especialmente peligrosas.

Mi resistencia se debía a otras razones. Nunca me he distinguido por tener una especial memoria histórica de personas, acontecimientos, fechas. Ha habido quienes han estudiado e investigado con mayor competencia la historia de algunas de esas Misiones, exponiéndola con un estilo más agradable y rico en detalles. Puede ser éste un momento muy oportuno para recordar al recientemente fallecido D. Luí́s Alberdi a quien siempre agra-

deceremos sus crónicas de los primeros años de la Misión de Los Ríos.

Me tranquilicé cuando se me dijo que de mi se esperaba otra cosa. Se me pedía que recogiera algo así como el espíritu, la motivación fundamental, la problemática, la evolución de la misma comprensión de la misión evangelizadora de la Iglesia, la dimensión diocesana de la obra emprendida y los riesgos que en algunos momentos tuvo que superar la idea originaria de la comunión en la misión, frente al hecho de la división de la entonces única Iglesia diocesana de Vitoria, de la que se segregaron las nuevas diócesis de Bilbao y de San Sebastián.

A este planteamiento no me podía negar, aun cuando el tratamiento de todas estas dimensiones de nuestras Misiones Diocesanas no podría menos de ser, por necesidad, muy limitado.

1. El espíritu misionero de la Diócesis de Vitoria

La creación de las Misiones Diocesanas vascas, de la entonces Diócesis de Vitoria, no fue fruto de la improvisación. Fue, por el contrario, el fruto de una inquietud y de un deseo que venían de atrás. No creo equivocarme al decir que en aquel proceso tuvo mucho que ver un sacerdote vizcaíno, grande en el cuerpo y en espíritu, Dn. Ángel Sagarminaga, Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias. Él estaba firmemente convencido de que la Iglesia tenía que ser esencialmente misionera, portadora de una responsabilidad nacida radicalmente de la misión confiada por Jesús a sus apóstoles: *Id y anunciad el Evangelio*. Siendo ello así, aparte del calor y el entusiasmo que trasmitía su palabra, tenía ésta una novedad u originalidad que entonces se hacía sorprendente. La responsabilidad misionera *ad gentes* había de ser de toda la Iglesia. Una afirmación que como veremos enseguida habría de tener serias y profundas consecuencias en relación con nuestras Misiones Diocesanas. Era entonces común el modo de pensar según el

cual esa responsabilidad general de la Iglesia había de recaer sobre la Iglesia universal y, más en concreto, en el Papa, como responsable de la totalidad universal de una Iglesia sobre la que recaía la misión de evangelizar al mundo entero. Una responsabilidad de la Iglesia universal que el Papa la cumpliría con la ayuda de los miembros de las Ordenes y Congregaciones religiosas y también, en épocas más cercanas a las nuestras, a través de los Institutos de Misiones Extranjeras creados con ese fin, como era el caso del Instituto Español de Misiones Extranjeras, de Burgos.

La originalidad de Dn. Ángel Sagarmínaga y de cuantos compartían con él esa misma idea, radicaba en el hecho de que había de hacerse de las mismas Iglesias *particulares*, es decir, de las Iglesias *diocesanas*, sujetos responsables directos de la evangelización *ad gentes*. Habría de ser el Obispo de la propia diócesis responsabilizada en la realización de la misión propia de toda la Iglesia, compartida y asumida por la propia diócesis, quien habría de enviar al misionero. Quizás cuantos nos hemos encontrado con esta visión eclesial ya consolidada no seamos los más capacitados para valorar el cambio realizado en toda su riqueza. Pero yo creo que puede estar ahí una de las razones de la alegría y del entusiasmo con que vivimos aquellos años los seminaristas de Vitoria. En la medida, claro está, en la que éramos capaces de comprender el enriquecimiento que suponía aquella innovación teológica. No creo equivocarme al pensar que el reconocimiento de la capacidad de unas diócesis particulares, en esta ocasión la diócesis de Vitoria, de hacerse cargo de una o varias misiones *ad gentes*, pudiera ser un anticipo práctico de la novedad que posteriormente habría de suponer en la línea de la doctrina, el reconocimiento de la entidad propia de las Iglesias particulares, en las que se realiza la totalidad de la Iglesia universal.

Muchas veces solemos decir que las Misiones Diocesanas no son solamente un bien para “las gentes” de los territorios a los que son enviados los misioneros de nuestras diócesis. Las Misio-

nes Diocesanas son también beneficiosas para las mismas diócesis que envían a sus misioneros, no obstante el sacrificio que para ellas pueda suponer el hecho de desprenderse de sacerdotes que en sus mismas diócesis de origen nos son tan necesarios. Pero no me parecería acertado que esta visión pragmática de las cosas nos impidiera valorar debidamente aquel enriquecimiento. La apertura, directamente responsabilizada, de las diócesis a la tarea evangelizadora de las misiones, propia de la Iglesia universal, ha de suponer y, de hecho, supuso para nosotros, ser conscientes de que somos esa Iglesia de Jesucristo, responsable y capacitada para extender, en todo el mundo, su Evangelio de salvación.

2. Diocesaneidad o interdiocesaneidad de las Misiones Diocesanas

El año 1948 se realizó el primer envío de los misioneros diocesanos a Los Ríos, en Ecuador. Solamente dos años más tarde se produjo la división de la Diócesis de Vitoria, de la que se separarían los territorios de Guipúzcoa y Vizcaya. Se crearon así las nuevas Diócesis de San Sebastián y de Bilbao respectivamente, que tuvieron sus respectivos Obispos, como era natural supuesto el hecho de la división. Las Misiones Diocesanas de la Diócesis de Vitoria pasarían a ser desde entonces y en el futuro Misiones Diocesanas de tres Diócesis distintas, regidas por tres obispos distintos. Tras lo que acabamos de decir sobre la peculiaridad de las Iglesias particulares, locales, precisamente en relación con el hecho de la *misión* o envío de los misioneros diocesanos, aquel hecho de la división no podía ser intrascendente. Tanto más, si se tienen en cuenta algunas circunstancias particulares que se dieron en el hecho de la división de la entonces diócesis de Vitoria.

Actualmente para nadie constituye ningún misterio la afirmación de que aquella división que podía haber sido motivada por razones pastorales objetivas y reales, lo fue también, en medida muy importante, por razones políticas que afectaban a la

Diócesis y, en particular, a su Seminario. ¿Cómo habría de afectar el hecho de la división de la Diócesis a la recientemente iniciada obra de las Misiones Diocesanas? Aquella intencionalidad inherente a la división de la Diócesis, se ponía de manifiesto claramente en el hecho de que las tres diócesis resultantes fueran asignadas a dos Provincias eclesiásticas diferentes y constituidas por diócesis de problemáticas pastorales diocesanas también diferentes. Bilbao y Vitoria pertenecerían a la Provincia eclesiástica de Burgos, junto con Soria y Palencia, mientras que San Sebastián pasaría a constituir, junto con Jaca y Logroño, la nueva Provincia de Pamplona. Es necesario señalar que, en principio, las Provincias eclesiásticas tienen como finalidad la de ayudarse las diócesis que las constituyen, en razón de su cercanía y también de su relativa homogeneidad socio-cultural, en la acción y obras pastorales que cada una de ellas ha de realizar.

Supuestas, estas circunstancias históricas, ¿cuál fue la incidencia que el hecho de la división de la Diócesis de Vitoria tuvo en la recién constituida obra de las Misiones Diocesanas? Señalaré algunos aspectos que desde la perspectiva actual pueden sernos más interesantes.

Existió, en primer lugar, el riesgo espontáneo de que cada diócesis optara por tener sus propias Misiones Diocesanas, consideradas como propias, en razón de los Misioneros enviados y de los recursos económicos necesarios, dentro de lo que habría de ser la organización y programación pastoral propias de cada una de ellas. Un planteamiento de esta naturaleza no fue una mera posibilidad hipotética, ni podía decirse que careciera totalmente de razones objetivas reales. No se podía ignorar que, dentro de la misma naturaleza de las Misiones Diocesanas, había de mantenerse el principio fundamental que era el propio Obispo quien realizara la *misión*, el envío.

Un planteamiento distinto aunque no totalmente independiente del anterior, consistiría en hacer de las Misiones Diocesanas vascas, algo nuevo y distinto. Lo que podía significarse con la denominación de Misiones Interdiocesanas. Ello habría de apuntar a una especie de organización que facilitara la colaboración entre las diócesis, cada una de las cuales, tendría las propias Misiones Diocesanas. Pero no fue difícil caer en la cuenta de que un planteamiento así podría, en primer lugar, llevar a ignorar el carácter diocesano propio de la obra de las Misiones Diocesanas, convirtiéndola en algo parecido al Instituto Español de Misiones Extranjeras para el clero secular, de Burgos. En segundo lugar, podía ignorar u ocultar la idea original de que eran las tres diócesis vascas las que querían mantener una obra común, en la pluralidad de sus manifestaciones concretas, como expresión de la común voluntad originaria de hacer “juntos” algo que era propio de todas ellas. Sin ignorar, supuesto el hecho de la división, el respeto a la originalidad eclesial propia de cada Iglesia particular, manifestada especialmente en el hecho de la misión realizada por cada Obispo.

Esta voluntad de trabajar juntos, propia de las tres diócesis, que se ha mantenido a lo largo de tantos años, ha tenido también sus repercusiones en el envío de misioneros a las distintas misiones, en la unificación de los fondos económicos de las Misiones Diocesanas, en la reglamentación de la llamada procura de las Misiones Diocesanas de Vitoria, en el significado misionero propio de Urkiola para las Misiones Diocesanas, etc. No puedo ocultar, que dejando de lado otras motivaciones ajenas a las estrictamente eclesiales y pastorales, este sentido de comunicación pastoral de las tres diócesis ha sido un motivo de satisfacción y estímulo pastoral. Y desearía que se mantuviera firme y consistente también de cara al futuro, a pesar de no haberse logrado todavía la adecuada configuración de la Provincia Eclesiástica de Pamplona, en la que estuvieran presentes las tres Diócesis de

Bilbao, San Sebastián, y Vitoria, siendo Pamplona su Iglesia metropolitana.

3. Al servicio de la Evangelización

Los misioneros de las Misiones Diocesanas eran enviados con una misión propia, la de evangelizar, que es la tarea que Jesús confió a sus discípulos después de su Resurrección: *Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará, el que no crea se condenará* (Mc. 16, 15-16). Y en el texto de Mt., 28, 19-20: *Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Esta era la misión que recibían todos los misioneros diocesanos y, quiero subrayarlo, también los misioneros que no eran ordenados presbíteros, es decir, los laicos, que habrían de realizarla desde su propia condición laical. Ellos no iban como ayudantes de quienes habrían de ser los verdaderos misioneros que evangelizaran, los presbíteros. Habrían de participar, por el contrario, en la misma acción evangelizadora desde su propia condición laical. Es importante recordarlo y subrayarlo precisamente ahora que vamos a hablar de la misión evangelizadora que habrían de realizar, enviados por la Iglesia, todos los misioneros diocesanos.

Las Misiones Diocesanas vascas se iniciaron el año 1948, es decir, cerca de 11 años antes de que el Papa Juan XXIII, el 25 de enero de 1959, anunciara su intención de convocar un nuevo Concilio ecuménico que habría de celebrarse en el Vaticano. Uno de los objetivos fundamentales que había de perseguir el nuevo Concilio había de ser precisamente el de dar un nuevo impulso a la acción evangelizadora de la Iglesia universal, en el nuevo contexto socio-cultural, no exento de cierto optimismo, que entonces se vivía tras la victoria de las democracias occidentales. Se imponía, por ello, la necesidad de ahondar y conocer mejor lo que había de ser el contenido de lo que se quería significar al afirmarse que la Iglesia hacía objeto de su servicio al mundo, el mandato

de quien la envió precisamente a “evangelizar”. Pero ¿qué era Evangelizar? ¿Qué era lo que con esa palabra se quería significar?

El Concilio nos invitó y nos enseñó a mirar a las realidades temporales con una mirada nueva, distinta de la que hasta entonces se había tenido. El mundo dejaba de ser una realidad de paso a través de la cual era necesario caminar para lograr la salvación que cada persona había de alcanzar liberándose del pecado del mundo; éste adquiriría en sí mismo un valor propio en la plenitud del misterio del Hijo de Dios encarnado. Se fue desarrollando mejor lo que la teología inmediatamente anterior al Concilio, afirmaba acerca del valor en sí, de las realidades temporales. A una Ética referida al buen uso del mundo, había de sustituir una teología sobre el valor de las realidades mundanas conocidas y valoradas desde el Misterio de Jesús. Junto con la afirmación de la autonomía de lo temporal, se afirmaba también su dependencia del proyecto global de Dios sobre el mundo. Todo el cap. III, de la 1ª parte de la Const. *Gaudium et spes*, es especialmente significativa en este contexto. En su n.39 se nos decía que el Reino de Dios está ya presente en esta tierra misteriosamente, para concluir en el último n.93 de la Constitución, que la Iglesia y los cristianos” prestando fielmente su adhesión al Evangelio” han de contribuir a la preparación de “la paz y bienaventuranza suma, en la patria que brilla con la gloria del Señor”.

La incorporación de esta dimensión temporal e inmanente a la realización de la tarea evangelizadora de la Iglesia, centrada hasta entonces en su dimensión más espiritual y trascendente, no fue tarea fácil para la Iglesia. Tampoco lo sería para la acción evangelizadora de las Misiones Diocesanas. Una necesaria pero no sencilla ni excesivamente simple distinción y separación de lo que pudiera considerarse ser tarea de los “sacerdotes”, de una parte, y de las “seglares” o laicos por la otra, tampoco podía ser suficiente ni iluminadora. En la totalidad de la evangelización que la Iglesia debía realizar, habían de estar presentes unos y otros, sin

que ello hubiera de conducir a la confusión de las respectivas tareas propias.

Presidir la celebración de la Eucaristía de la propia comunidad cristiana y, a la vez, promover y dirigir grupos organizados para el logro de los objetivos reivindicativos de justicia, tampoco podía ser una tarea fácil, aunque para justificarlo se pudiera recurrir al principio de la acción supletoria o subsidiaria de la Iglesia. Por otra parte, era necesario tener en cuenta otra realidad importante. No todos los misioneros compartían los mismos puntos de vista sobre estos temas. El riesgo de convertir las diferencias en motivo de división es connatural en las relaciones personales que los grupos han de mantener. Con todo es necesario afirmar que nuestras Misiones Diocesanas no fueron sordas a la exigencia de conversión que las orientaciones conciliares arrastraban consigo. No se trataba de optar por una u otra forma de orientar la acción pastoral. La doble dimensión del Reinado de Dios, la *inmanente* consistente en hacer que el amor en la verdad y en la justicia inspirara y dirigiera la actuación temporal de los cristianos, y la *trascendente* que no podía dejar de anunciar que la realidad de este mundo pasa y que lo definitivo ha de estar en el más allá, obligaba no a dividir sino a integrar toda la acción pastoral que la Iglesia, presbíteros y laicos, habían de realizar.

Por otra parte, no podemos desconocer que ya desde el principio la acción evangelizadora de las Misiones Diocesanas tuvo una innegable y manifiesta dimensión temporal, en el ámbito de la educación y la acción social, mediante la realización de lo que hoy podemos denominar “obras de promoción social”. También desde este punto de vista creo que se puede afirmar que las Misiones Diocesanas fueron un bien para nuestras Iglesias particulares. No solamente por sus aportaciones económicas particulares para las obras de las Misiones Diocesanas sino también por la celebración anual en las tres Diócesis, de la Colecta de los Ríos, en el Día de S. José. Una colecta importante no solamente

por el dinero que se pudiera recoger sino por el espíritu de apertura a lo universal, entendida como término u objetivo de la acción caritativa de las Iglesias particulares. Desde mi personal experiencia de Obispo de San Sebastián puedo afirmar el enriquecimiento que para la comprensión de lo que debía ser la acción de la Caritas diocesana, supuso la expresa referencia a las obras de promoción caritativo-social del Tercer Mundo. No solamente como aportación económica hecha por la Diócesis a Instituciones caritativas de ámbito internacional, sino por la directa responsabilización por parte de la Caritas de la Diócesis, de obras concretas de promoción social en el llamado Tercer Mundo. Algo que no fue siempre visto con buenos ojos.

Un ejemplo preciso de lo que quiero decir, se dio ya en años no lejanos, con ocasión de la ayuda internacional que Caritas había de prestar en los campos de concentración establecidos en el Zaire, para acoger a los fugitivos *butus* de Rwanda, surgidos como consecuencia de la guerra civil interracial de los años 1994-1995. Con el dinero proveniente de las colectas de Caritas y de Misiones Diocesanas se constituyó un fondo común que fue dividido en tres partes iguales, con finalidades precisas diferentes: la ayuda a Caritas de Rwanda, la ayuda a las obras asistenciales de nuestras Misiones Diocesanas en aquel país y finalmente la ayuda a las obras pastorales “evangelizadoras”(!!!), fuertemente deterioradas por la acción de los enfrentamientos entre los *butus* y los *tutsis*.

4. El encuentro con la pobreza y la lucha por su liberación

Apuntaba antes que el estudio hecho por la Cont. *Gaudim et spes*, de las relaciones que habían de existir entre la dimensión religiosa y la realización temporal de una convivencia social adecuada al Evangelio o, si se quiere, en la integración de la doble dimensión del único Reino de Dios anunciado por Jesucristo, era

considerada por algunos como demasiado optimista. Incluso se llegó a hablar de una doble manera teológica de enfrentarse con la realidad histórica del mundo, desde la misma fe en el Señor resucitado. La visión católica y la visión protestante. Aquella inspirada en la salvación del mundo redimido por el triunfo de Jesucristo sobre la muerte y realizado en el Espíritu, y la segunda inspirada más bien en la visión de un mundo corrompido por un pecado que sigue existiendo en ese mundo que no ha sido sanado en su raíz. Pero en todo caso es necesario recordar que el Concilio no ignoró la existencia del pecado en el mundo en que vivimos. Habló de la injusticia en el mundo de las relaciones económicas, de los abusos de un poder político ajeno al reconocimiento de los derechos fundamentales de las personas, de las grandes diferencias en la riqueza de las naciones, como fruto de la injusticia de los poderosos. Pero es necesario reconocer que el tono doctrinal en que lo hizo, no provocó la reacción que en parte de la Iglesia y de la sociedad, en general, se produjo por efecto de otros acontecimientos. Acontecimientos que introducían en el tratamiento del tema de la injusticia de la pobreza, una palabra que fue capaz de generar procesos antes imprevisibles. Fue precisamente esa palabra “liberación” y su correlativa causal de “opresión”. La trilogía: pobreza-opresión-liberación incorporó a la posible compasión anteriormente existente ante la pobreza, la exigencia de una reacción activa liberadora. Vista esta realidad desde la perspectiva de la fe cristiana, dio origen a la llamada “Teología de la liberación”, en la que, no la pobreza como realidad colectiva social, sino como concreción de los pobres en la que ella se realizaba, adquiría una centralidad capital, no lejana de la atribución al “pobre”, de la categoría de lugar teológico privilegiado, si no exclusivo, para la comprensión y el anuncio del Evangelio de Jesús.

Tratándose ya en particular, de la acción evangelizadora que las Misiones Diocesanas habían de realizar, no podemos desconocer que aquel fenómeno socio-político y también cristiano, en cuanto base de una interpretación teológica del mensaje libe-

rador de Jesús, tuvo un arraigo particular en la América latina, en la que se situaban algunas de nuestras Misiones Diocesanas y, en concreto, en Ecuador. Aparte de la liberación político-económica se daban también formas de procesos de liberación político-nacional, tal como sucedía en Angola en relación con su liberación colonial respecto de Portugal. Unos procesos que adquirirían también dimensiones internacionales, nacidas de los intereses económicos que otros Estados podían tener en el país.

Estos factores que venimos analizando no podían menos de tener su influencia y sus repercusiones, unas positivas otras negativas, en la vida y en la actuación de nuestros misioneros. No creo que sea éste el lugar adecuado para abordar su estudio detallado, con la profundidad y la seriedad que el mismo requeriría, en su innegable complejidad. He de hacer, sin embargo, una afirmación que me parece fundamental como exigencia de la más elemental fidelidad histórica. La historia de nuestras Misiones Diocesanas no puede ignorar las influencias y condicionamientos que en ella tuvo su coexistencia con el fenómeno de la pobreza y de las reacciones suscitadas ante ella, desde los posicionamientos propios de la Teología de la liberación, en las distintas formas de su realización. Pero a la inversa, me parecería equivocado hacer de esa Teología de la liberación la clave fundamental, si no única, de la acción misionera de nuestras Misiones Diocesanas. El anuncio del Evangelio de la salvación en Jesús no podía ignorar, precisamente en relación con los más pobres y oprimidos, el anuncio de una esperanza que mirara más allá de las promesas que pudieran anunciar las expectativas de unas conquistas de la justicia realizada en este mundo. Mi participación en las celebraciones litúrgicas de distintos territorios de nuestras Misiones Diocesanas, así me lo hacían percibir.

5. La preferencia por los pobres y los humildes y las Comunidades populares de base

A mi juicio, una actitud positiva en relación con la acción evangelizadora que se daba en nuestros misioneros diocesanos se debía a su convicción de que, no solamente tenían mucho que dar en su trabajo misionero, sino también mucho que recibir. Iban no solamente a enseñar sino también a aprender, superando cualquier postura paternalista sostenida por la conciencia de ser portadores de su superioridad económica, cultural e incluso religiosa. No soy capaz de imaginar y de expresar cuál pudo ser la experiencia personal de los misioneros de la primera generación a este respecto. Pero si creo poder afirmar algo que desde esta perspectiva me parece ser muy importante. La Iglesia latino-americana en sus encuentros pastorales supra-nacionales, tanto por parte de los Obispos responsables de sus Iglesias locales como los encuentros habidos entre los religiosos/as de aquellas Iglesias y, si no me equivoco, también en la participación directa en las sesiones conciliares, fue portadora, de un espíritu innovador muy importante y estimulante. Algo que no fue siempre bien entendido ni aceptado por los Dicasterios romanos. Por concretar un poco más las líneas básicas de aquel espíritu innovador, me atrevería a decir que fueron precisamente los pobres y los humildes, en cuanto destinatarios privilegiados y, a la vez, agentes de la evangelización, por una parte, y la importancia particular dada a las comunidades de base, en la búsqueda de nuevas formas de vivir la comunión eclesial, los ejes de la pretendida innovación.

Nuestros misioneros de las Misiones Diocesanas, no quedaron al margen de aquella esperanzadora animación “espiritual”, es decir, fruto del Espíritu, que entonces se respiraba. Todo lo contrario. De estos misioneros oí decir alguna vez, que eran ellos precisamente los que “más en serio se lo tomaban” llevar a la práctica la teoría que se proclamaba. Recuerdo también una celebración de la Eucaristía en la que participé, en que el texto esco-

gido de la Palabra de Dios fue tomado, creo que no fue por casualidad, de la 1ª Cor., 1, 26ss: *Mirad hermanos quienes habéis sido llamado. No hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos... Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios... Lo plebeyo y despreciable ha escogido Dios.* Se lo tomaron en serio y, me atrevería a añadir, en ocasiones con cierta radicalidad. Todos sabemos cómo es posible pasar de un Evangelio de “predilección” por los pobres a un Evangelio de exclusión de aquellos que no lo son, en contra de la universalidad de la salvación. Ya que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2, 4). Que todo aquel esfuerzo de fidelidad “rigurosa” a los principios establecidos pudiera ser causa de tensiones entre los mismos misioneros y también en relación con los mismos Pastores, ni se puede negar ni puede ser tampoco motivo de escándalo.

Quizás sea éste el momento más adecuado de mi intervención para insistir en otra dimensión del enriquecimiento que, para las mismas Diócesis que envían misioneros a otras Iglesias más o menos establecidas o en proceso de consolidación, puede suponer la aceptación del compromiso misionero asumido. Me refiero al hecho de que, a pesar de todas las limitaciones humanas y eclesiales que pueden darse en el ejercicio de la Misión, ésta ha de tropezar, de alguna manera, con el “escándalo” de la radicalidad originaria del anuncio del Evangelio de Jesús. Una experiencia “misionera” que afectará particularmente y en primer lugar a los mismos misioneros, pero alcanzará también a las Iglesias que los enviaron y que serán beneficiadas y enriquecidas por esa experiencia. Lo que no debe ser razón para ignorar que la adecuación de la acción pastoral a las características peculiares, propias de cada tiempo y de cada lugar en que se ha de anunciar el Evangelio de Jesús, ha de ser objeto de un “saber hacer pastoral” que a todos nos debe interesar. Es éste un planteamiento que, a mi juicio, se ha de aplicar a los temas que son el objeto de la reflexión de este apartado relativo al descubrimiento misionero de una Iglesia

que evangeliza a los pobres y es evangelizada también por la pobreza. Y también a la creación de un sentido comunitario de la pertenencia eclesial, en Iglesias organizadas institucionalmente pero carentes de los modos de comunicación humana y afectiva que la cultura de hoy tanto necesita para alcanzar formas más humanas de comunicación, también en la esfera religiosa.

6. Los años de repliegue

Nuestras Misiones Diocesanas están viviendo estos últimos años la experiencia del repliegue. Pero no es ésta una realidad nueva y, de alguna manera, sorprendente. Por el contrario, es algo que viene de atrás. Se dio en algunos países en los que ellas estuvieron presentes hace algún tiempo y ya no están. La última experiencia a este respecto es la de Rwanda. En otros países, esa presencia se ha reducido notablemente. Es el caso de Ecuador, en los Ríos y en El Oro, donde hace sesenta años se vivió la primera experiencia misionera de nuestras Misiones Diocesanas. Creo que se puede decir que, antes de cualquier otra reflexión, esta experiencia del repliegue es una experiencia dolorosa. Al menos así la viví yo mismo en los últimos años en los que, como Obispo encargado por las Diócesis que compartíamos la común responsabilidad misionera, había de participar más activamente en el desarrollo de este proceso. No solamente se hacía doloroso el hecho mismo del repliegue. También el mismo modo concreto en el que había de realizarse se hacía complejo y complicado. El interés por seguir manteniendo alguna forma de presencia física y activa en algunos lugares, no se hacía compatible con el principio mantenido desde atrás, de mantener una forma de vida comunitaria entre los mismos misioneros, exigida por su salud física y espiritual. Por otra parte, los puntos de vista mantenidos por los Obispos y por el mismo Grupo Misionero, no eran siempre coincidentes. Lo que no dejaba de ser también doloroso a pesar de la buena voluntad de los unos y de los otros.

Al enfrentarnos ahora aquí con esta cuestión, pienso que es absolutamente necesario rechazar o excluir todo sentimiento negativo, originado por cualquier forma de sensación de frustración, ante la imposibilidad de seguir haciendo algo que desearíamos continuar haciendo, ante la necesidad de tener que renunciar a ello. La acción evangelizadora de las llamadas *misiones ad gentes* ha de tener, en la mente de la Iglesia, una cierta nota de precariedad o, mejor, de provisionalidad. Las comunidades cristianas que surgen o se mantienen como “territorios de misión” han de tender a valerse por sí mismas, constituyéndose en Iglesias locales propias, desde las cuales se ha de ir construyendo la Iglesia católica universal. Lo que no ha de entenderse en el sentido de que tales Iglesias propias no hayan de mantener entre sí formas adecuadas de ayuda y de solidaridad. Conviene recordar aquello a lo que aludía al principio, de la Cost. *Lumen gentium* (n.23,), de que *en las Iglesias particulares y a partir de ellas existe la Iglesia católica, una y única* (“= *in quibus et ex quibus una et unica Ecclesia catolica existit*”). Hace poco tiempo ha regresado a su diócesis originaria de Vitoria Mons. Jesús Ramón Mtz. Ezquerecocha, dejando la Diócesis de Babahoyo en manos de un Obispo autóctono, expresión significativa de que adquiere su propia autonomía y madurez, precisamente con la ayuda prestada por nuestras diócesis vascas, y, en particular, por nuestros misioneros.

Los procesos de repliegue de nuestras Misiones Diocesanas, con las peculiaridades propias de cada uno de ellas, han de ser para nuestras diócesis un motivo de alegría, por la valoración del trabajo evangelizador realizado en cada uno de los lugares en los que ellas han venido actuando. En manos de Dios están los tiempos de la historia humana, también de la historia de la Iglesia y de las Iglesias particulares. A Él hemos de dar gracias por lo que en esos tiempos hayamos podido hacer al servicio de nuestros hermanos, tanto en el orden puramente temporal como en el de la perspectiva de una historia que nos introduce en el ámbito de lo “definitivo” del Reino de Dios.

Dicho esto, no quisiera que mis palabras puedan ser interpretadas como una forma de infravaloración del esfuerzo de reflexión que nuestras Diócesis deben hacer cara al futuro de las que han sido y siguen siendo las Misiones Diocesanas vascas. No estoy al corriente de ello, por lo que no puedo pretender tratar este punto. Pero si quiero recordar la conversación mantenida con el Obispo de Kabgay, en Rwanda, muerto como consecuencia de la sangrienta guerra civil vivida posteriormente en aquel país. Al agradecerme el servicio prestado allí por nuestros misioneros me decía: “Aun cuando tuviéramos suficientes sacerdotes autóctonos para servir a la acción Pastoral de la Diócesis, creo que Vds. harían bien en enviarnos a sus Misioneros, por el testimonio de apertura universal que ellos dan por su mera presencia, en un pueblo que tienen el grave peligro de vivir encerrado en sí mismo y en sus propios problemas”. Quizás su propia muerte venía a ser una trágica confirmación de lo que él quería decir y que yo no era capaz entonces de entender en todo su significado.

El intercambio cultural y humano que supone el fenómeno tan agudo de la inmigración, en la que los intereses puramente económico-sociales parecen tener la última palabra en el momento de abordarlo, podría obligarnos a plantear en la contingencia de la realidad actual, otras formas de apertura a lo universal que tan esencial es para el anuncio del Evangelio de la fraternidad universal. Siento no saber abordar mejor esta cuestión en su integridad. *Id y anunciad el Evangelio a todos los pueblos*, decía Jesús. Pero lo cierto es que a esos pueblos los tenemos ya entre nosotros.

Conclusión

No quiero terminar mi exposición sin aludir a lo que podría llamar un apunte martirial en el recorrido que hemos hecho del desarrollo de nuestras Misiones Diocesanas vascas. Me refiero a las muertes recientes de dos de nuestros misioneros en Rwanda

José R. Amunarriz e Isidro Uzcudun. No han sido los únicos que fallecieron allí. Al poco tiempo de iniciarse la andadura de nuestras Misiones Diocesanas, en Ecuador, Dn. Máximo Guisasola, miembro del primer grupo misionero, y D. Manuel Sesma, un misionero especialmente querido por los niños, morían como consecuencia de sendos accidentes.

Es verdad que todos los misioneros fallecidos, allí o aquí, son merecedores de un recuerdo agradecido de parte de nuestras Diócesis, por el valor de su entrega al servicio de la acción misionera de nuestras Iglesias diocesanas. Pero he querido hacer una alusión especial al carácter “martirial” de los dos citados al principio. Pues no fueron muertes simplemente acaecidas si no que fueron intencionadas y producidas por la voluntad humana, precisamente como reacción a su actuación en la fidelidad, hasta el fin, de las exigencias del Evangelio de amor y servicio que ellos predicaban con su palabra y realizaban con sus obras. Solamente es Dios quien conoce el corazón de quienes realizan y padecen las consecuencias de acciones de esta naturaleza. Nosotros damos gracias a Dios porque también nuestras Misiones Diocesanas han sido capaces de ofrecer tales testimonios de fidelidad hasta el fin. ¡Ojala su recuerdo nos mueva a todos a mantener vivo el espíritu misionero de servicio a la acción evangelizadora de nuestras Iglesias, en el contexto socio-cultural en el que nos toca vivir!

Celebración de la Eucaristía en los sesenta años de Misiones Diocesanas

Seminario de Vitoria-Gasteiz
Sábado, 11 de Octubre de 2008
12,30 horas

PRESBITERIO:

Preside el obispo de San Sebastián, D. Juan María Uriarte.

Concelebran Obispos y sacerdotes

Monitores: Cristina Aranceta y Aitor Arbaiza

Maestro de ceremonias: Luís María Goikoetxea

Cantor: Jesús María Elejalde.

Presentación de ofrendas: misioneros y misioneras de cada país.

MONICIÓN DE ENTRADA:

Eguerdi on, lagunok. Ongi etorri gure festa ospatzera.
Buenos días y bienvenidos todos a la fiesta de la Eucaristía.

Gure elizbarrutiak Jainko Aitari eskerrak emateko bildu dira gaur. Duela 60 urte Elizbarruti guztiek duten ametsa gauzatu zen: misio lurralde batean Ebanjelioa hots egitea. Eliza honetatik, bihotzezko bidalketa-ospakizun baten ondoren, elizbarrutiko lehenengo zortzi misiolariak Ekuadorrerantz abiatu ziren.

Orain dela egun batzuk On Luis Alberdi agurtu genuen Zumaian, zortzi aurrendari hauetako bat. Baina gure artean jarraitzen du beste pare batek: On Francisco Arraibik eta Bittor Garai-gordobilek. Haien ondoan amets honetan parte hartu dugun asko gaude, abentura zoragarri honetan irauteko prest eta ametsetan jarraitzeko gozoz.

Los tiempos, ciertamente, han cambiado mucho en todos estos años, y lo seguirán haciendo. Pero no podemos dejar perder la dimensión misionera que nuestras iglesias diocesanas han sembrado y cuidado con ilusión y esmero, y que tantos frutos ha dado durante estos sesenta años.

Por la determinación de las personas que hicieron historia y por las que la siguen haciendo queremos dar gracias hoy al Padre Dios.

También tenemos presente la fecha cercana del Domingo Mundial de las Misiones que este año, con su lema “Como Pablo, misionero por vocación”, subraya el espíritu misionero del Apóstol y de nuestra Iglesia.

Puestos de pie, comenzamos nuestra celebración cantando.

CANTO DE ENTRADA: “Sois la semilla”

SALUDO DEL PRESIDENTE:

El Dios de la entrega que por medio del Espíritu Santo nos ha impulsado a compartir la Buena Noticia de su Hijo Jesucristo, esté con todos vosotros.

ACTO PENITENCIAL:

El Dios del amor es también Dios de la misericordia y del perdón. No son solo frutos buenos y abundantes lo que recogemos del trabajo en estos años. A lo largo de este tiempo la historia también está salpicada de tropiezos y errores. Reconocemos la necesidad de pedir perdón por ello a Dios.

- Jauna, gure bideak zureak direla pentsa arazten digu harrokeriak sarritan eta zuk ez duzu horrelakorik nahi.

ERRUKI, JAUNA.

- Tú que buscas mitigar el sufrimiento de los empobrecidos de este mundo y las injusticias que crean desigualdades de las que somos también responsables.

KRISTO, ERRUKI.

- Jauna, gure bihotza besteei zabalik edukitzea nahi duzu, gure begirada ez dezagula lagun hurkoaren atsekabetik urrundu eta sufritzen ari direnen oihuari ez diezaiogula entzungor egin.

ERRUKI, JAUNA.

Dios Padre, que nos ha manifestado su amor en Cristo Jesús y nos ha entregado su Espíritu para el perdón de los pecados, nos perdone y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN Evangelización de los Pueblos.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS:

La Palabra de Dios marca nuestra vida. Por distintos caminos y de diversas maneras Dios sale a nuestro encuentro y nos seduce con su Palabra. En nuestra experiencia misionera, el Dios de la Vida se nos ha comunicado, sobre todo, a través de los pobres. Ellos, con sus sufrimientos y gozos, con su sencillez y su entrega, con su firme esperanza, han sido maestros sabios que nos han enseñado a interpretar la Palabra, a compartirla y a hacerla vida.

Encontrémonos con la Palabra que, en definitiva, es una persona: Jesucristo, el ungido por el Padre Dios.

LECTURA APOSTÓLICA: 1^a Cor. 1, 17-19.26-31

San Paulok korintotarrei egindako lehenengo epistolatik

Senideok,

Kristok ez ninduen bataiatzera bidali, berriona hotsegitera baizik, eta hau ez giza jakinduriazko hitzez, Kristoren gurutzeak bere indarra gal ez dezan.

Kristoren gurutzeko heriotzaren mezua zorakeria da galtzen direnentzat; guretzat, ordea, salbamen-bidean garenontzat, Jainkoaren indarra da. Liburu Santuak dio, izan ere: *“Hondatu egingo dut jakintsuen jakinduria, eta huts bihurtuko adituen adimena”*.

Begira bestela, senideok, zeintzuk zareten Jainkoak deitu zaituztenok: ez dira zuen artean munduak jakintsutzat nahiz aitonen semeetatik ere. Aitzitik, munduak zorotzat duena aukeratu du Jainkoak jakintsuak lotsarazteko, eta munduak argaltzat duena indartsuak lotsarazteko; munduak baliogabetzat eta mesprezagarritzat duena, munduaren begitan ezerez dena, aukeratu du Jainkoak, zerbait direla uste dutenak ezerezteko; horrela, ez du inork Jainkoaren aurrean harrotzerik.

Berari zor diozue izatea, Jesukristori esker. Berau egin du Jainkoak guretzat jakinduria, berorren bidez askatu gaitu bekatutik, salbatu eta bere egin.

Horrela betetzen da Liburu Santuak dioen hura: *“Harrotu nabi duena, harro bedi Jaunarengan”*.

Jaunak esana

SALMO RESPONSORIAL: (Salmo 66) “A Dios den gracias los pueblos”

CANTO DEL ALELUYA

EVANGELIO: Lucas 4, 14 – 21

Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la región. Él iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos. Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: *El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungió para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad y proclamar un año de gracia del Señor.*

Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: *Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.*

HOMILÍA

Gure Misioen 60. urteurrena ospatzeko asmoak ekarri gaitu gaur gure Elizbarrutien misiolari kutsua sortu eta gauzatu zuen Seminario honetara. Lehenari pozez eta eskerronez begiratzeko. Gaurkoari arduraz eta apaltasunez begiratzeko.

La historia, la vida y el futuro de nuestras Misiones Diocesanas en América y África nos afecta profundamente a los participantes de esta Eucaristía, centro de nuestra celebración de los 60 años transcurridos desde el mes de octubre de 1948, en el que los 8 primeros sacerdotes misioneros embarcaron hacia Ecuador. Venezuela, Rwanda, Chile, Congo y Brasil fueron pocos años después nuevas rutas abiertas por un vigoroso espíritu evangelizador. El capítulo de las Misiones Diocesanas es, en su conjunto, uno de los más hermosos que ha sido escrito por el Espíritu Santo y la colaboración de muchos brazos generosos que partieron hacia allá o ayudaron desde aquí. Hoy miramos atrás con alegría y sin

orgullo. Contemplamos el presente con inquietud y sin amargura. Avistamos el futuro con esperanza y sin derrotismo.

Ekintza miragarri honen muina, Jesus eta bere Ebanjelioa aurkeztea zen. Eta bizkarrezurra burutasun argitsu eta bero bat: lekuko Elizak misiolari izan behar du.

Ofrecer a otras personas, otras culturas y otros pueblos lo mejor que tenemos, la fe en Jesucristo Salvador, fue el espíritu que movilizó tan audaz generosidad. La intuición de que toda diócesis es sujeto de evangelización misionera, fue su columna vertebral. Antes de que el Concilio Vaticano II (aquí está entre nosotros uno de los PP. Conciliares) la formulara explícitamente, esta convicción eclesiológica era compartida por centenares de presbíteros y muchos miles de laicos de nuestras diócesis. Pronto comprendimos asimismo que, en clave evangélica, siempre recibimos más que lo que damos. La misma evolución de la eclesiología nos ha llevado a comprender mejor que las iglesias receptoras no son simples destinatarias, sino principales sujetos responsables de la evangelización de su entorno y que los misioneros estamos al servicio de este sujeto evangelizador.

Las circunstancias se han modificado profundamente. Aquellas iglesias son hoy más vigorosas y nosotros mucho más débiles. Pero no se trata, pues, de cancelar nuestro servicio, sino de adaptarlo a nuestras actuales posibilidades y a sus demandas y necesidades.

Eukaristian burutzen den ospakizuna, beti Hitzaren Liturgian argitzen da. Gaurko irakurgaiek badute ospakizun hau argitzeko eta berotzeko indarra. Paulok ebanjelizatzearen agindu zorrotza, gurutzearekin duen zerikusia eta pobreekin daukan etxekotasuna iragarri dizkigu. Jesusek ebanjelizatzearen edukia eta gaurkotasuna adierazi ditu bere hitzekin.

El imperativo de evangelizar fue sentido por Pablo hasta el punto de afirmar: *«¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!»*. La preferencia del Evangelio por los pobres y de los pobres por él nos ha sido manifestada gráfica y enérgicamente en sus palabras. El estrecho parentesco entre evangelizar y llevar la cruz se nos ha revelado con claridad. El sufrimiento y el gozo son inherentes a la evangelización.

Jesús, en el Evangelio proclamado, declara: *«Hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura que acabáis de oír»*. Al igual que en la predicación de Jesús de Nazaret se actualiza en plenitud la predicación de Isaías, en la evangelización que allí o aquí realizamos se actualiza y prolonga, por la intervención del Espíritu, la acción evangelizadora de Jesús. Éste es el motivo de nuestra dicha, el acicate de nuestra responsabilidad y el fundamento de nuestra esperanza.

Las palabras del profeta que Jesús se apropia, excluyen de raíz toda interpretación espiritualista de la evangelización. Los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos no son simple parábola de carencias espirituales. Anunciar y curar son inseparables. El anuncio, el testimonio, el compromiso transformador y liberador y la denuncia, son componentes de la evangelización. Descartan asimismo la interpretación reductiva de la acción evangelizadora. El «año de gracia del Señor» no es una mera reordenación más justa. Es el tiempo de «la gran perdonanza» de Dios, de la renovada amistad con Él, del apoyo existencial en Él, de la identificación con su Persona y su Proyecto, de la entrega confiada en sus Manos creadoras, regeneradoras, salvadoras.

Cuando, desde la atalaya de los 60 años, contemplamos el itinerario misionero de nuestras diócesis a la luz de la Palabra hoy anunciada, encontramos todos los elementos aludidos por ella. El impulso evangelizador (irrika ebanjelizatzailea) animado por el Espíritu, la preferencia por los pobres, la cruz presente de muchas maneras y en la muerte violenta o natural de numerosos misione-

ros (indarkeriaz, gaixotasunez, istripuz), la conciencia de ser órganos y testigos de Jesús, el Primer y Único Evangelizador, la integridad de la salvación que incluye la liberación, el cultivo de la fe y la espiritualidad, la reconciliación con Dios Padre y la comunión con los hermanos como meta de nuestro quehacer. No podemos, ni debemos, ni queremos, caer en la complacencia. Sabemos que en este itinerario ha habido también por todas partes deslices, desfallecimientos, ausencias, deficiencias. Lo más noble que crea el Espíritu, cuando se encarna en nuestra tierra concreta, recibe también adherencia de carne y sangre que no son coherentes con el Reino de Dios. Pero una mirada de conjunto, serena, realista, iluminada por la fe, tiene que descubrirse ante la magnitud de lo realizado y ante la nada insignificante proyección del presente. Ikuspegi zabalez begiraturik, handia da Jaunak, gure bidez, egin duena.

Orain etorkizunari begiratu behar diogu, batez ere. Desde el análisis de nuestras posibilidades, abordado con realismo creyente, hemos de optimizar nuestro servicio misionero en sintonía eclesial con los pastores y comunidades de allí, en cercanía a los pobres, en implicación en proyectos nobles, en el envío posible de personas. Necesitamos nosotros mismos este pulmón de la misión para no enfeudarnos en nuestros propios problemas y agobiarnos por ellos. *«La persona no crece sino purificándose del individuo que hay en ella..., la persona es una donación consentida a los demás, a los valores, a Dios»*, decía E. Mounier. Cuanto él dice de la persona vale para los grupos, las comunidades, las diócesis.

Adiskide maiteok: gaurko egun hau izan bedi, batez ere pozgarri. Nehemiasek herri nahigabetuari dionaren arabera: *«Jaunagandiko poza izan bedi gure sendotasunaren iturrir»*.

† **Joan Maria Uriarte**
Donostiako Gotzaina

ORACIÓN UNIVERSAL:

Iluminados y reconfortados por la Palabra de Dios, y con la confianza que Jesús nos da, nos dirigimos al Padre pidiéndole que siga actualizando hoy también entre nosotros y en todo el mundo las obras de su amor.

- Te pedimos, Padre, por las Misiones Diocesanas Vascas, en Ecuador y en Angola, que están viviendo la impotencia de ver sus fuerzas mermadas por la ausencia de relevo misionero. Que puedan seguir caminando por las sendas que Tú nos marcas. --- *Eska iezaiogun Jaunari*

ENTZUN, JAUNA, GURE ESKARIA.

- Jauna, euren denbora eta bizitza senideei berri ona ezagutaraztera eskaini duten katekista eta oinarriko eliz elkartetako senideen alde eskatzen dizugu. Aurrerantzean ere, pobreen aldeko aukera egiten duten pobreak egon daitezten. --- *Eska iezaiogun Jaunari*

ENTZUN, JAUNA, GURE ESKARIA.

- Misiolari bokazioen alde: pobretuekin bizitzeak sortzen duen poza aditzera ematen jakin dezagun; eurengandik jasotzen duguna guk eskaintzen dieguna baino gehiago dela jakinik. Jau-nak bere uztara langileak bidal ditzan. --- *Eska iezaiogun Jaunari*

ENTZUN, JAUNA, GURE ESKARIA.

- Te pedimos por nosotros mismos, los que estamos aquí hoy: para que sepamos mantener en nuestra conciencia tu llamada a la construcción del Reino en el Mundo y como el Apóstol Pablo estemos disponibles siempre para hacer tu voluntad. --- *Eska iezaiogun Jaunari*

ENTZUN, JAUNA, GURE ESKARIA.

Atiende con generosidad, Señor, estas peticiones que hoy te presentamos llenos de agradecimiento y de confianza en Ti. Haz que se realicen no por nuestros méritos, sino por tu amor vivificador. Por Jesucristo nuestro Señor.

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

PRESENTACIÓN DE LAS OFRENDAS:

Con las ofrendas queremos acercar lo mejor del trabajo misionero en cada uno de los lugares donde han estado y todavía permanecen las Misiones Diocesanas Vascas.

De **Angola** la figura del Pensador, símbolo de la sabiduría africana y del aprendizaje compartido.

De **Venezuela** una escultura realizada por Martín Gaztelumendi, la bola que está dentro de la escultura quiere significar el vínculo inquebrantable con la gente de Venezuela; pero también la imposibilidad de permanecer.

De **Rwanda** la cesta donde se recoge el sorgo y las alubias, símbolo del intercambio de bienes entre las familias.

De **Chile** la tabla de una casa flotante y una bufanda símbolos del agua y el viento de la zona.

De la **República Democrática del Congo** una Biblia en Kisanga, símbolo de la inculturación de la fe en este pueblo.

De **Brasil** este mapa y estos folletos, símbolos del trabajo realizado en los grupos de rúa y las campañas de fraternidad.

De **Ecuador** un plato y una cuchara, símbolos de la acogida que este pueblo nos han brindado a todos los misioneros y misioneras, y que ahora nos toca realizar con los ecuatorianos y demás extranjeros que vienen hasta aquí.

Muchas de las mayores misioneras y misioneros de estos 60 años de historia jamás han pisado territorio de misión. Pero han colaborado y colaboran con su esfuerzo desde las bases, desde los grupos de parroquiales, desde los hermanamientos. Sin el respaldo ni el apoyo de las diócesis misioneras, poco se podría haber conseguido en los lugares de misión. De la misma manera, sin el pan y el vino no se podría celebrar esta eucaristía.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

PREFACIO:

*Jauna zuekin.
Gora bihotzak.
Eskerrak Jaungoiko gure Jaunari.*

(Prefacio Evangelización de los Pueblos)

SANTO: “Santu, Santu, Santua..”

PLEGARIA EUCARÍSTICA (Evangelización de los Pueblos)

EMBOLISMO

*Zurea duzu Erregetza;
zureak ospe eta indarra,
orain eta beti*

PADRE NUESTRO

El Padre nuestro es la oración más preciosa que Jesús nos dio para dirigirnos con Él al Padre. Llenos del Espíritu de Jesús que nos invita a vivir en fraternidad, cantamos todos juntos. *Salbatzaileak agindu eta erakutsiari jarraituz, bildur gabe kanta dezagun.*

“*Gure Aita*” (cantado)

PAZ

Jesús nos ofrece la paz. Una paz ansiada por muchos pueblos del mundo, entre ellos el nuestro. Una paz necesaria para edificar el futuro. Una paz que es real cuando se construye sobre la justicia y la solidaridad.

COMUNIÓN. Canto: “Libertador de Nazaret”

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN (Evangelización de los Pueblos)

ACCIÓN DE GRACIAS

BENDICIÓN SOLEMNE

Jauna zuekin.

El Dios todopoderoso os bendiga con su misericordia y os llene de la sabiduría eterna.

R/. Amén.

Él aumente en vosotros la fe y os dé la perseverancia en el bien obrar.

R/. Amén.

Atraiga hacia si vuestros pasos y os muestre el camino del amor y de la paz.

R/. Amén.

Bedeinka zaitzabela Jaungoiko ahalguztidunak. Aitak eta Semeak eta Espiritu Santuak.

R/. Amén.

Zoazte, Jaunaren bakean.

CANTO FINAL: “Salve Regina”

**CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA
PRESIDENCIA
SECRETARIA GENERAL**

Quito, 24 de septiembre de 2008
No. 1531/2008

***CARTA DE AGRADECIMIENTO A LOS OBISPOS
DE LA IGLESIA DEL PAÍS VASCO***

Señores Obispos,

En esta festividad de la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Merced, tan querida para los fieles del litoral ecuatoriano, la Conferencia Episcopal Ecuatoriana considera, un motivo de gran gozo el poder dirigir a los señores obispos de la Iglesia en el País Vasco, estas breves palabras de agradecimiento por todo el aporte misionero que ha realizado en el lapso de sesenta años a la Iglesia de Ecuador, particularmente, a la Diócesis de Babahoyo (provincia de Los Ríos).

Recordamos con particular afecto a Monseñor Jesús Martínez de Ezquercocha, quien hace pocos meses entregó el gobierno pastoral de esta Diócesis a Monseñor Fausto Gabriel Trávez, después de varias décadas de trabajo al servicio del Reino de Dios en nuestro país.

Reconocemos así mismo, toda la abnegación y espíritu misionero de tantos sacerdotes, religiosas y fieles laicos provenientes de la Iglesia vasca quienes durante este tiempo contribuyeron de forma sacrificada, y eficaz para la consolidación de la Iglesia local en Babahoyo.

Imploramos al Señor que continúe suscitando en todas las iglesias, abundantes y santos misioneros. Al despedirnos, les reiteramos nuestros sinceros sentimientos de gratitud de parte de todo el episcopado y el pueblo cristiano de Ecuador.

Unidos a ustedes en Cristo, Camino, Verdad y Vida,

*+ Antonio Arregui Yarza
Arzobispo de Guayaquil
Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana*

*+Victor Corral Mantilla
Obispo de Riobamba
Vicepresidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana*

*+ Angel Polivio Sánchez Loaiza
Obispo de Guaranda
Secretario General de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana*

*P. Nicolás Donsdebés
Secretario General Adjunto de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana*

Av. América N24-59 y La Gasca - Teifs.: (593 2) 222 3139 al
3144 - Fax (593 2) 250 1429 - Apartado 17-01-1081 –
Quito-Ecuador
confep@uio.satnet.net / secretariagenerai@confep.org.ec

MISIONES DIOCESANAS EN ECUADOR

PLAN 2008

Los obispos de Bilbao, San Sebastián y Vitoria, responsables de Misiones Diocesanas, hemos definido los rasgos fundamentales del presente Plan 2008, que contempla el paso de un modo de presencia en las diócesis de Babahoyo y Machala en Ecuador a la apertura de nuevas formas y estilos de cooperación entre las Iglesias citadas.

El Plan ha sido elaborado una vez realizada la consulta a los obispos de Babahoyo y Machala, así como al Consejo del grupo misionero en Ecuador. Se sitúa en la perspectiva de lo afirmado en el documento titulado *Futuro de nuestras Misiones Diocesanas* (24 de enero de 2007). Entonces se formulaban las opciones básicas compartidas por nosotros: confirmar el compromiso misionero, mantener la coordinación interdiocesana a través de obispos y delegados, atender a comunidades especialmente pobres y débiles, fortalecer las relaciones entre los obispos, ponerse a disposición de las Iglesias locales y abrirse a otras formas de cooperación.

Este Plan 2008 nace justamente al cumplirse los 60 años de la primera presencia misionera en Ecuador. Es momento de agradecer en primer lugar la generosidad y entrega de tantos presbíteros, religiosas, miembros de institutos seculares, laicas y laicos, que han entregado su vida o parte de ella al servicio del Evangelio, así como de reconocer el enriquecimiento que ello ha supuesto para la vida y el vigor evangelizador de nuestras propias diócesis. También es ocasión para plantearse el futuro de un modo renovado, a la luz de una doble constatación: por una parte, el crecimiento de los recursos pastorales y la madurez creciente de las Iglesias locales de Babahoyo y Machala; por otra, las limitadas posibilidades para el relevo de misioneras y misioneros, que hacen cada vez más problemático el mantenimiento de los compromisos en su forma actual.

Disposiciones

1. Queremos prever los pasos sucesivos para poner en manos de las Iglesias locales de Babahoyo y Machala las encomiendas parroquiales actualmente confiadas a nuestros misioneros. Ello implica lo siguiente:
 - Renovar los convenios misioneros con las diócesis de Babahoyo y Machala, en un primer paso, hasta el año 2010 en las condiciones que se concretarán, atendiendo a las posibilidades, a finales del presente año 2008.
 - Acompañar el discernimiento de los miembros actuales del grupo misionero, tanto para su permanencia en Ecuador como para su vuelta a la diócesis de origen. Ello afecta también a la comunidad de Mercedarias Misioneras de Bériz, cuyo convenio con Misiones Diocesanas finaliza el próximo año.
2. Queremos alentar el nuevo envío de misioneras y misioneros a aquellas Iglesias locales al servicio de proyectos pastorales definidos que cuenten con nuestro respaldo y con el del obispo del lugar de destino.
3. Queremos buscar nuevas formas de cooperación, que vemos posibles en la formación del clero y agentes de pastoral, en el apoyo a proyectos de desarrollo, en la elaboración de materiales para la acción evangelizadora y en la realización de proyectos pastorales, cuidando siempre la sintonía con las opciones de cada Iglesia local. Para ello, trataríamos de atender las peticiones de los obispos de Babahoyo y Machala en la medida de nuestras posibilidades.

4. Queremos invitar a esa misma búsqueda de nuevas formas de cooperación a los responsables y miembros de nuestras Procuras de Misiones Diocesanas.
5. Queremos realizar el seguimiento de este Plan 2008, de modo especial a través del obispo delegado y del coordinador con su Consejo de Misiones Diocesanas en Ecuador.

Oramos al Espíritu, que alienta la misión y la vida de la Iglesia, para que nos ilumine en nuestra acción evangelizadora, buscando los caminos más evangélicos, teniendo en cuenta nuestras necesidades y posibilidades.

Bilbao, San Sebastián y Vitoria, 3 de diciembre de 2008
Festividad de San Francisco Javier

Ricardo, Obispo de Bilbao
Juan María, Obispo de San Sebastián
Miguel, Obispo de Vitoria
Mario, Obispo Auxiliar de Bilbao

Eskerrak Jainko Aitari,
Jesus bere semeari,
Euskal elizan isuri duen
Espirituari.
Jarraituz Bere deiari.
hirurogei urtez ari.
**txaloz eskertu, gure aurreko
hainbat misiolari.** (bis)

Ekuadorko lurretan
hasi misio lanetan,
Txile, Brasil ta Venezuelan
gu Ameriketara.
Kongo, Angola, beltzetan
Rwandako zelaian
**Afrika ere maitea dugu
gure bihotzetan.** (bis)

Nahiz gaur gu izanik gutxi,
Jainkoak ez gaitu utzi,
elkar sendotuz etsipen hura
betiko gaitzetsi.
Guk inolaz ezin etsi,
ITXAROPENARI eutsi.
**Berpiztuaren Egunsentiak
gaba bai du hautsi.** (bis)

Zenbat egun pozgarriak
bai eta ere larriak,
hirurogei urteetan jaso
gure historiak.
Gu ez lehenen etorriak,
ez ere azken txoriak,
**Dana berritzen duen eskutik
sortuko berriak.** (bis)

Gizarteari begira,
MUNDU BERRI bat desira,
lautatik hiru, bizi nahi eta
ezin bizi dira.
Jaso dezagun lurbira
Giza-legezko Bizira,
**Denon amets hau kantatuz
nator
Gaur Euskal Herrira.** (bis)

Esker onez!

Itxaropenez!

José María Garmendia “Txamo”
Coordinador del Grupo
Misionero Vasco en Ecuador